

El Club de los Muertos

Charlaine Harris



Traducción de Lorenzo Luengo



PANDORA

Dedico este libro a mi hijo mediano,
Timothy Schulz, que me dijo con la mayor
rotundidad que quería un libro todo para él.

Agradecimientos

Gracias a Lisa Weissenbuehler, Kerie L. Nickel, Marie La Salle y la incomparable Doris Ann Morris, por sus aportaciones en materia de maleteros, grandes y pequeños. Mi mayor agradecimiento para Janet Davis, Irene y Sonya Stocklin, a su vez, ciberciudadanas de DorothyL, por la información que me brindaron acerca de los bares, el *bourré* (un juego de cartas) y los distritos de Luisiana. Joan Coffey fue ciertamente amable al suministrarme información sobre Jackson. Durante muchas horas, la maravillosa y servicial Jane Lee me sirvió pacientemente de chófer por la ciudad de Jackson, metiéndose a conciencia en nuestro papel de dar con la ubicación perfecta para situar un bar de vampiros.

Bill estaba sentado al ordenador cuando llegué a su casa. Aquel era un panorama de lo más normal desde hacía un mes o dos. Solo dos semanas atrás, Bill no dudaba en dejar su trabajo a un lado tan pronto como yo entraba en casa. Ahora era el teclado lo que lo atraía.

—Hola, cariño —dijo con aire ausente y la mirada absorta en la pantalla. Una botella vacía, de SangrePura tipo O, yacía sobre la mesa, junto al teclado. Al menos se había acordado de comer.

Bill no era esa clase de tipo que se viste con una camiseta y unos vaqueros: llevaba un pantalón de camuflaje y una camisa escocesa en tonos azules y verdes, ya desvaídos. La piel le brillaba, y su espeso cabello negro olía a Herbal Essences. Se bastaba a sí mismo para propinarle a cualquier mujer un subidón hormonal. Lo besé en la nuca, pero no reaccionó. Le lamí la oreja. Nada.

Había pasado en pie seis horas seguidas, en el Merlotte's, y cada vez que algún cliente racaneaba con la propina, o algún idiota me tocaba el trasero, había tenido que recordarme a mí misma que en un ratito estaría con mi novio, tendría sexo increíble con él y disfrutaría de toda su atención.

No era eso lo que parecía estar pasando.

Tomé aire, de manera lenta y resuelta, y eché una mirada a la espalda de Bill. Era una espalda maravillosa, de anchos hombros, y había tenido claro que la vería desnuda, y clavaría mis uñas en ella. Había esperado con todas mis fuerzas que eso sucediera. Solté el aire, de manera lenta y resuelta.

—Estaré contigo en un minuto —murmuró Bill. En la pantalla, había una imagen de un hombre de aspecto distinguido, con cabello plateado y piel bronceada. Era atractivo, quizá a la manera de Anthony Quinn, y transmitía poder. Bajo la imagen había un nombre, y debajo

de este se leía un texto: «Nacido en 1756 en Sicilia». Justo cuando abrí la boca para comentar que, a pesar de la leyenda, los vampiros sí que salían en las fotos, Bill se giró y reparó en que yo estaba leyendo aquel texto.

Pulsó una tecla y la pantalla quedó en blanco.

Le miré de hito en hito, sin apenas dar crédito a lo que acababa de pasar.

—Sookie —musitó, tratando de esbozar una sonrisa. Tenía los colmillos replegados, por lo que entendí que no estaba ni de lejos del humor del que había esperado encontrarle; no pensaba en mí con un deseo carnal. Como ocurre con todo vampiro, los colmillos solo los lleva totalmente extendidos cuando tiene ganas de disfrutar el lado sexi de la lujuria, o esa otra clase de lujuria consistente en comer y matar. (A veces, ambas lujurias se ven un tanto enmarañadas, y es fácil cargarse de ese modo a un colmillero. Pero, en mi opinión, es precisamente ese ingrediente de peligro lo que nos atrae a la mayoría.) Aunque se me ha acusado de ser una de esas patéticas criaturas que rondan a los vampiros con la esperanza de atraer su atención, lo cierto es que solo había un vampiro con el que me relacionaba (al menos voluntariamente), y ese era el que se encontraba sentado frente a mí. El que me ocultaba secretos. El que no se mostraba ni un poquito contento de verme.

—Bill —respondí con frialdad. Algo Pasaba, con «P» mayúscula, y no precisamente por la bragadura de Bill. («Bragadura» estaba en mi calendario, el que enseñaba una palabra al día.)

—No has visto lo que acabas de ver —dijo él, autoritario. Sus ojos de color castaño oscuro se posaron en mí sin pestañear.

—¡Uh, uh! —repliqué, tal vez un poco sarcástica—. ¿En qué andas metido?

—Tengo una misión secreta.

No sabía si reír o marcharme indignada. Así pues, decidí alzar las cejas y esperar a que añadiese algo más. Bill era investigador en el Área 5, la división vampírica de Luisiana. Eric, el director del Área 5, jamás había encargado a Bill con anterioridad una «misión» que debiera resultarme secreta. De hecho, yo era parte fundamental del equipo de investigación, por poco que aquello me gustase.

—Eric no debe saberlo. Ninguno de los vampiros del Área 5 lo puede saber.

Mi corazón palpitó:

—Pero si no trabajas para Eric, ¿para quién lo haces? —Me arrodillé, porque tenía los pies muy cansados, y me incliné sobre las rodillas de Bill.

—La reina de Luisiana —respondió, casi en un susurro.

Había sonado tan solemne que traté de mantener un gesto impertérrito, pero no sirvió de nada. Comencé a reír, una risa histérica que no pude contener.

—¿Hablas en serio? —pregunté, a sabiendas de que así era. Casi siempre, Bill se mostraba como un tipo de lo más serio. Hundí mi rostro en su muslo para que no viera que seguía riendo. Alcé la vista para echar un rápido vistazo a su cara. Parecía bastante enfadado.

—Tan serio como una tumba —replicó, y sonó tan duro que intenté por todos los medios cambiar mi actitud.

—Vale, a ver si lo he pillado —argüí, en un tono de voz razonablemente calmado. Me senté en el suelo con las piernas cruzadas, y reposé las manos sobre mis rodillas—. Trabajas para Eric, que es el jefe del Área 5, pero también hay una reina. En Luisiana.

Bill asintió.

—Así que el estado está dividido en Áreas. Y ella es la jefa directa de Eric, dado que este dirige su negocio en Shreveport, que se encuentra en el Área 5.

De nuevo el asentimiento. Puse una mano sobre mi cara y agité la cabeza:

—Vale, ¿y dónde vive, en Baton Rouge? —La capital del estado se me antojaba el lugar más obvio.

—No, no. En Nueva Orleans, por supuesto.

Por supuesto. La central vampírica. Según los periódicos, apenas podías arrojar una piedra en el Big Easy¹ sin darle a uno de los no muertos (aunque solo un verdadero idiota haría algo así). El tráfico turístico en Nueva Orleans estaba en pleno crecimiento, pero no era exactamente el mismo gentío de antaño, esa hueste alegre formada por

¹ N. del T.: «Big Easy» es el nombre que recibe Nueva Orleans, al igual que Nueva York recibe el de «Big Apple».

borrachuzos que anegaban la ciudad, dispuestos a pasarlo en grande. Los turistas de ahora eran tipos que querían codearse con los no muertos; tipos que querían convertirse en clientes de los bares de vampiros, visitar a una prostituta vampira o mirar un espectáculo de sexo entre vampiros.

Eso era lo que yo había oído; desde muy pequeña, no había vuelto a visitar Nueva Orleans. Mi madre y mi padre nos llevaron allí a mi hermano, Jason, y a mí. Eso fue antes de haber cumplido los siete años, porque esa era la edad que yo tenía cuando murieron.

Mamá y papá fallecieron casi veinte años antes de que los vampiros aparecieran en la televisión por cable para anunciar que, por incierto que resultase, vivían entre nosotros, un anuncio que siguió al desarrollo en Japón de una sangre sintética que lograba mantener con vida a los vampiros, evitando así que tuviesen la necesidad de beberla de los humanos.

La comunidad vampírica de los Estados Unidos dejó que fuesen los clanes vampíricos de Japón los primeros en salir a la palestra. Acto seguido, y de manera simultánea, la mayoría de las naciones del mundo que disponían de televisión (¿y quién no dispone de ella, hoy día?) habían visto aquel mismo anuncio, realizado en cientos de lenguajes diferentes por cientos de afables vampiros a los que se había elegido con el mayor cuidado.

Aquella noche, dos años y medio atrás, las personas normales, las que estábamos vivitas y coleando, comprendimos que siempre habíamos vivido rodeados de monstruos.

«Pero», y este había sido el grueso del anuncio, «hemos llegado a un punto en que podemos dar un paso al frente para vivir con vosotros en paz y armonía. Ya no os veréis en peligro por nuestra culpa. No necesitamos beber de vosotros para vivir».

Como podéis imaginar, fue una noche de elevados índices de audiencia y tremenda polvareda. No todos los países reaccionaron de la misma manera.

Los vampiros de las naciones dominadas por el islam fueron los que salieron peor parados. Mejor que no diga lo que sucedió con el portavoz no muerto de Siria, aunque quizá la vampira hembra de Afganistán murió (definitivamente) de una muerte todavía más horrible que aquel. (¿En qué estarían pensando para decidir que fuera una mujer la que

hiciese precisamente aquel trabajo? Mira que los vampiros son astutos, pero a veces parece que no tienen mucha idea del mundo en que vivimos.)

Algunos países (Francia, Italia y Alemania se contaban entre los más destacados) se negaron a aceptar a los vampiros como ciudadanos con igualdad de derechos que el resto. Muchos otros (como Bosnia, Argentina y la mayoría de las naciones africanas) rechazaron conceder estatus alguno a los vampiros, declarándolos, a su vez, a disposición de los cazadores de recompensas. Pero América, Inglaterra, México, Canadá, Japón, Suiza y los países de Escandinavia adoptaron una actitud más tolerante.

Resultaba difícil determinar si aquella reacción era lo que los vampiros habían esperado. Dado que aún luchaban por afianzar un pie en la corriente de los vivos, los vampiros se mostraban muy poco dados a contar detalles acerca de su organización y gobierno, y lo que Bill me estaba refiriendo ahora era lo máximo que había escuchado nunca sobre ese asunto.

—De modo que la reina de los vampiros de Luisiana te ha puesto a trabajar en un proyecto secreto —dije, tratando de adoptar un tono neutro—. Y por esa razón has estado pegado a tu ordenador a todas horas, durante las últimas semanas.

—Sí —contestó Bill. Cogió la botella de SangrePura y le dio la vuelta, pero no quedaban más que un par de gotas. Salió por el pasillo hacia la pequeña cocina (cuando Bill remodeló la vieja casa familiar, apenas dejó espacio para la cocina, dado que no la necesitaba) y sacó otra botella de la nevera. Siguiéndole con el oído, supe que había abierto la botella y la había metido en el microondas. Una vez que el microondas se apagó, Bill volvió a entrar en la habitación, agitando la botella con el pulgar sobre la tapa para que el contenido se calentara por igual.

—¿Y entonces cuánto tiempo te queda aún para terminar este proyecto? —pregunté, según mi opinión, del modo más razonable.

—Tanto como me lleve —respondió él, mucho menos razonable que yo. En verdad, Bill parecía de lo más irritado.

¡Fantástico! ¿Se había acabado nuestra luna de miel? Y por supuesto me refiero a una metafórica luna de miel, dado que Bill es un vampiro y eso nos impide estar legalmente casados en casi cualquier parte del mundo.

Aunque tampoco es que me lo haya pedido.

—Bueno, si estás tan absorto en tu proyecto, me retiraré hasta que lo termines —dije, despacio.

—Eso sería lo mejor —replicó Bill, tras una perceptible pausa, y sentí como si me hubiera pegado un puñetazo en pleno estómago. En un abrir y cerrar de ojos, me puse en pie, cubriendo de nuevo con el abrigo mi uniforme de camarera, el que llevábamos cuando el tiempo resultaba más frío: unos pantalones negros, y una camiseta blanca de manga larga y cuello de cisne con la palabra «Merlotte's» bordada sobre el pecho izquierdo. Le di la espalda a Bill para ocultarle mi rostro.

Intenté no llorar, de modo que no le miré, ni siquiera cuando sentí su mano tocándome el hombro:

—Tengo que decirte algo —comenzó a decir, con su voz fría y suave. Me interrumpí en mitad del gesto de ponerme los guantes, pero no creía que fuera a soportar mirarle. Podía hablarle a mi espalda—. Si algo me ocurre —prosiguió (y aquí es donde debería haber empezado a preocuparme)—, ve al escondite que construí en tu casa. Mi ordenador estará allí, así como algunos discos. No se lo digas a nadie. Si el ordenador no se encontrara en el escondite, ven a mi casa y mira a ver si está aquí. Ven durante el día, y hazlo armada. Coge el ordenador y cuantos discos puedas encontrar, y escóndelos en mi escondrijo, como tú lo llamas.

Asentí. Bill podía advertirlo desde mi espalda. No confiaba en mi propia voz.

—Si no estoy de vuelta, o si no sabes una palabra de mí, en, digamos..., ocho semanas..., sí, ocho semanas, entonces dile a Eric todo lo que te acabo de decir. Y ponte bajo su protección.

No hablé. Me sentía demasiado infeliz como para estar furiosa, pero no pasaría mucho tiempo hasta que alcanzara mi punto de fusión. Respondí a sus palabras con un movimiento de cabeza. Sentí que mi coleta se sacudía con fuerza contra mi nuca.

—Pronto iré a... Seattle —siguió Bill. Sentía sus labios fríos tocando el lugar que mi coleta había rozado.

Mentía.

—Cuando vuelva, hablaremos.

Aquello no sonaba nada bien. Sonaba, sencillamente, terrible.

De nuevo incliné la cabeza, sin arriesgarme a hablar, porque por fin había comenzado a llorar. Hubiera preferido morir a que viese mis lágrimas.

Y así fue como le dejé, aquella fría noche de diciembre.

Al día siguiente, cuando me dirigía a mi trabajo, tomé un desvío que no se me antojaba prudente. Me dominaba esa clase de humor en que uno no hace más que darle vueltas a lo horrible que es todo. A pesar de que había pasado la noche prácticamente en vela, algo en mi interior me decía que con toda probabilidad mi humor podía ir un poco a peor si conducía el coche por la carretera de Magnolia Creek, así que, como no podía ser menos, eso fue lo que hice.

La vieja mansión de los Bellefleur, Belle Rive, era un hervidero de actividad, incluso en un día tan feo y desapacible como aquel. Había furgonetas de la compañía de control de plagas, de una firma de cocinas de diseño y de una empresa para la reforma de fachadas, todas ellas aparcadas frente a la entrada que aquella mansión erigida antes de la Guerra Civil tenía en la cocina. La vida iba viento en popa para Caroline Holliday Bellefleur, la anciana señora que había gobernado Belle Rive y (al menos en parte) Bon Temps durante los últimos ochenta años. Me pregunté si Portia, abogada, y Andy, detective, disfrutarían de todos esos cambios que se estaban produciendo en Belle Rive. Habían vivido con su abuela (como yo había vivido con la mía) durante toda su vida adulta. Cuando menos, siempre podrían disfrutar del placer que ella mostraba en la renovación de la mansión.

Mi abuela había sido asesinada algunos meses atrás.

Los Bellefleur no tenían nada que ver con ello, claro. Y no había motivos para que Portia y Andy fueran a compartir conmigo los placeres de su reciente prosperidad. De hecho, tanto uno como otro me evitaban como si tuviera la peste. Estaban en deuda conmigo, y eso era algo que desde luego no soportaban. De lo que no tenían ni idea era de lo mucho que me debían.

Los Bellefleur habían recibido una misteriosa herencia de cierto pariente que había «muerto en circunstancias misteriosas en alguna parte de Europa», según alcancé a oírle decir a Andy a un compañero de la policía con el que bebía en Merlotte's. Cuando vino a dejarme unos boletos para

la rifa de un edredón confeccionado por las Damas de la Iglesia Baptista de Getsemaní, Maxine Fortenberry me contó que la señorita Carolina había rastreado los historiales familiares que alcanzó a desenterrar para identificar a su misterioso benefactor, y que aún estaba desconcertada por la buena fortuna de la familia.

No parecía tener muchos reparos en gastar el dinero, sin embargo.

Incluso Terry Bellefleur, el primo de Portia y Andy, tenía una nueva camioneta aparcada en la atestada escombrera donde tenía emplazada su caravana. Me gustaba Terry, un veterano del Vietnam lleno de cicatrices, que no podía presumir de contar con demasiados amigos, y no envidiaba que poseyera un nuevo «cuatrorruedas».

Pero pensé en el carburador que me había visto obligada a colocar en mi viejo coche. Había pagado al contado por aquel trabajo, aunque se me pasó por la cabeza preguntarle a Jim Downey si sería posible pagar la mitad y hacerle llegar el resto en los siguientes dos meses. Pero Jim tenía mujer y tres niños. Precisamente esa mañana había estado pensando en pedirle a mi jefe, Sam Merlotte, que me diese más horas de trabajo en el bar. Sobre todo ahora que Bill se marchaba a «Seattle», casi podía pasarme la vida en el Merlotte's, si es que a Sam le servía de algo. Desde luego, necesitaba el dinero.

Intenté con todas mis fuerzas no dejarme llevar por la acritud al pasar por Belle Rive. Salí de la ciudad por el sur, y luego giré a la izquierda por la carretera de Hummingbird, tomando el camino al Merlotte's. Intenté hacer como que no pasaba nada; que a su regreso desde Seattle (o desde donde fuese), Bill volvería a ser el amante apasionado de siempre, que me mostraría su amor y me haría sentir valiosa una vez más. De nuevo, tendría la sensación de que formaba parte de alguien, y no la de que en realidad estaba sola.

Es verdad que también estaba mi hermano, Jason. Sin embargo, considerando el significado de las palabras «intimidad» y «compañía», no me quedaba más remedio que reconocer que Jason apenas contaba.

Pero el dolor que sentía era el dolor inconfundible del rechazo. Conocía aquel sentimiento tan bien que para mí era como una segunda piel.

Y no podía sino odiar tener que enfundármela de nuevo.

Comprobé el pomo de la puerta para asegurarme de que la había cerrado, me di la vuelta y, por el rabillo del ojo, sorprendí una figura sentada en la mecedora del porche delantero. Reprimí un respingo al ver que se incorporaba. Entonces le reconocí.

Yo vestía un abrigo muy pesado, pero él llevaba una camiseta sin mangas; aunque, en realidad, aquello no me sorprendía.

—El... —Vaya, por los pelos—. Bubba, ¿cómo estás? —Intenté que mi saludo tuviese un tono informal, hasta despreocupado. Pero no lo logré, aunque Bubba no era el más listo de la clase. Los vampiros admitían que haberle «retornado», cuando había estado tan cerca de la muerte y tan saturado de drogas, había sido un gran error. La noche en que lo levantaron, uno de los guardas de la morgue resultó ser un no muerto, y también resultó ser un gran fan. Mediante un plan concienzudo, aunque planificado a toda prisa, en el que se mezclaban uno o dos asesinatos, el guarda le había «retornado», o lo que es igual: había hecho de Bubba un vampiro. Pero ya sabéis, el proceso no siempre va como uno espera. Desde entonces, ha ido circulando de un lado a otro como una especie de majestad idiota. Luisiana había sido su casa durante el último año.

—Señorita Sookie, ¿qué tal está? —Aún tenía un acento marcado, y su rostro seguía siendo atractivo, aunque tenía las mejillas caídas. El cabello oscuro se derramaba sobre su frente, cuidadosamente descuidado. Sus espesas patillas estaban cepilladas. Alguno de sus fans no muertos le habían estado acicalando para la tarde.

—Estoy bien, gracias —repliqué, cortés, sonriendo de oreja a oreja. Es lo que hago cuando estoy nerviosa—. Me preparaba para ir al trabajo —agregué, preguntándome si sería posible meterme sin más en el coche y largarme de allí. Pensé que no.

—Ya ve, señorita Sookie, me han enviado para que la proteja esta noche.

—¿Ah, sí? ¿Y quién ha sido?

—Eric —replicó, orgulloso—. Yo era el único que estaba en la oficina cuando recibió la llamada. Me dijo que moviese el culo hasta aquí.

—¿Y qué peligro hay? —Eché una mirada por el claro del bosque en el que se erguía mi vieja casa. Las noticias de Bubba me pusieron muy nerviosa.

—No lo sé, señorita Sookie. Eric me dijo que la vigilase esta noche hasta que uno de esos tipos de Fangtasia viniesen aquí: Eric, o Chow, o la señorita Pam, o incluso Clancy. Así que, si se dispone a ir a trabajar, yo iré con usted. Y ya me encargaré de quien se atreva a molestarla.

No tenía sentido seguir interrogando a Bubba, someter a mayor tensión aquel cerebro tan débil. Sin duda acabaría por enfadarse, y era mejor no verlo en aquel estado. Esa era la razón por la que uno debía recordar no llamarle por su antiguo nombre... aunque de vez en cuando se ponía a cantar, y entonces era inevitable que uno recordase.

—No puedes venir al bar —repuse sin rodeos. Aquello sería un desastre. Claro, la clientela del Merlotte's está acostumbrada a algún que otro vampiro, pero no tendría tiempo de avisar a la gente para que nadie pronunciase su nombre. Eric debía de estar desesperado; la comunidad vampírica se esfuerza en que errores como Bubba no estén a la vista, aunque, de tarde en tarde, al chico se le mete en la cabeza dar algún paseo por su cuenta. Es entonces cuando hay un «avistamiento», algo que enloquece a los tabloides—. ¿No podrías esperar en el coche mientras trabajo? —El frío no afectaría a Bubba.

—Tengo que estar más cerca —sentenció, y su tono no daba pie a concesiones.

—Bueno, en ese caso, ¿qué tal si esperas en la oficina del jefe? Está justo al lado del bar, y desde ahí podrás oír si grito.

Aun así, Bubba no parecía demasiado satisfecho, si bien finalmente accedió. Dejé escapar una bocanada de aire que ni siquiera sabía que había estado aguantando. Para mí hubiera sido más fácil quedarme en casa, llamar para decir que estaba enferma. Pero no era únicamente que Sam me esperara; también yo necesitaba la paga.

El coche parecía un poco más pequeño con Bubba sentado en el asiento delantero, a mi lado. Mientras abandonábamos mis propiedades, entre

los bosques y la carretera comarcal, hice una nota mental para dar aviso a la empresa de pavimentación para que acudiera a verter un poco de asfalto en el sendero largo y serpenteante que conducía a mi casa. Después cancelé esa orden, también mentalmente. No era el momento de afrontar aquel gasto. Debía esperar hasta la primavera. O el verano.

Giramos a la derecha para surcar las pocas millas que nos separaban del Merlotte's, el bar en el que trabajo como camarera cuando no estoy desempeñando alguna Tarea de Alto Secreto para los vampiros. A mitad de camino, me vino a la cabeza que no había visto coche alguno que Bubba hubiera podido utilizar para llegar a mi casa. ¿Quizá había venido volando? Algunos vampiros pueden hacerlo. Aunque Bubba era el vampiro con menos talento que había conocido nunca, tal vez tenía facilidad para volar.

Un año atrás le hubiera preguntado por ello, pero no ahora. Ya estoy más que acostumbrada a mezclarme con los no muertos. No es que sea vampira. Soy una telépata. Mi vida iba la mar de bien hasta que un buen día conocí a un tipo cuya mente fui incapaz de leer. Por desgracia, no podía leer su mente por la sencilla razón de que aquel tipo estaba muerto. Pero, hasta la fecha, Bill y yo hemos pasado juntos unos cuantos meses, y hasta hace más bien poco, nuestra relación ha sido francamente buena. Y puesto que los otros vampiros me necesitan, yo estoy a salvo... hasta cierto punto. En su mayor parte. A veces.

Merlotte's no parecía estar muy lleno, a juzgar por el aparcamiento, que se hallaba medio vacío. Sam había adquirido el bar unos cinco años atrás. Por entonces, el local casi se encontraba en la quiebra, quizá a causa de que el terreno que ocupaba había sido recortado del bosque, que se erguía por todas partes, rodeando el aparcamiento. O quizá la culpa la había tenido el hecho de que el antiguo propietario no hubiera encontrado la combinación adecuada de bebidas, comida y servicio.

Fuera como fuese, tras cambiar el nombre del lugar y renovarlo, Sam consiguió dar la vuelta a la situación que presentaban los balances. Ahora vivía bastante bien de ello. Pero esta noche era la noche del lunes, poco dada al alcohol por estos pagos, que daba la casualidad de que estaban en el norte de Luisiana. Torcí hacia el aparcamiento de empleados, que se hallaba frente a la caravana de Sam Merlotte, la cual se encontraba a su vez detrás y a la derecha de la entrada para empleados del bar. Abandoné de un salto el asiento del conductor, corrí por el

almacén y eché una mirada a través de los cristales de la puerta para examinar el angosto pasillo, abierto por las distintas puertas que dan a los servicios y a la oficina de Sam. Vacío. Bien. Cuando llamé a la oficina de Sam, él ya estaba sentado a su mesa, lo cual era aún mejor.

Sam no es un tipo voluminoso, pero es muy fuerte. Es rubio pajizo, tiene los ojos azules y quizá sea tres años mayor de los veintiséis que yo tengo. He trabajado para él muchos años. Quiero a Sam, y de hecho él ha sido el protagonista de algunas de mis fantasías favoritas; pero desde que hacía un par de meses había empezado a salir con una hermosa criatura poseída por ciertas tendencias homicidas, mi entusiasmo por él se había desvanecido un poco. Claro que, por encima de todo, Sam es mi amigo.

—Perdona, Sam —saludé, sonriendo como una idiota.

—¿Qué pasa? —Cerró el catálogo de suministros para bares que había estado examinando.

—Necesito meter a alguien aquí durante un ratito.

Sam no parecía nada contento:

—¿Quién? ¿Ha vuelto ya Bill?

—No, aún está de viaje. —Mi sonrisa se tornó más brillante—. Pero bueno..., han enviado otro vampiro para, en fin..., protegerme. Y he de meterle aquí mientras trabajo, si a ti no te importa.

—¿De qué deben protegerte? ¿Y por qué ese vampiro no puede esperarte en el bar? Tenemos montones de SangrePura. —Definitivamente, el SangrePura demostraba ser el líder de ventas entre los repuestos sanguíneos que competían en el mercado. «Lo mejor tras la chispa de la vida», afirmaba su primer eslogan, y los vampiros habían respondido con creces a la campaña.

Escuché un sonido muy débil detrás de mí, y no pude menos que suspirar. Bubba se había impacientado.

—Oye, te pedí que... —comencé, mientras me daba la vuelta, pero no dije más. Una mano me aferró del hombro y me hizo volverme. Vi la cara de un hombre a quien no había visto en mi vida. Cerraba un puño para golpearme en la cabeza.

Aunque el poder de la sangre vampírica que había bebido varios meses atrás (para salvar la vida, dicho sea de paso) empezaba a debilitarse (ya casi apenas brillo en la oscuridad), aún soy más rápida que la mayoría de la gente. Me arrojé al suelo y rodé entre las piernas de aquel tipo, lo cual

hizo que se tambalease, y eso, a su vez, facilitó que Bubba pudiera cogerle con una mano y romperle el cuello.

Me puse otra vez en pie y Sam abandonó precipitadamente la oficina. Nos miramos los unos a los otros, Bubba, yo y el cadáver.

Bueno, ahora sí que estábamos en un aprieto.

—Me lo he cargado —sentenció Bubba, lleno de orgullo—. La he salvado, señorita Sookie.

Que el Hombre de Memphis se aparezca en tu bar, que te des cuenta de que se ha convertido en un vampiro y que le veas matar a un posible agresor, bueno, es mucho para digerir en un par de minutos, incluso para Sam, aunque él mismo fuera más de lo que parecía.

—Bueno, eso parece —le respondió Sam a Bubba con una voz balsámica—. ¿Sabes quién era?

Nunca antes había visto a un muerto (si exceptuamos las visitas a la funeraria local), hasta que empecé a salir con Bill (quien, por otra parte, estaba técnicamente muerto, pero me refiero a muertos humanos).

Ahora da la impresión de que me topo con ellos bastante a menudo. Es una suerte que no sea demasiado aprensiva.

Aquel muerto en particular tendría unos cuarenta años, y cada uno de esos años parecía haber sido bastante duro. Tenía tatuajes por los brazos, la mayoría de una calidad tan pobre como los que te graban en la cárcel, y le faltaban algunos dientes de vital importancia. Estaba vestido con lo que se me antojaron ropas de motorista: unos vaqueros grasientos y una cazadora de cuero, con el añadido de una obscena camiseta debajo.

—¿Qué hay en la parte trasera de la cazadora? —preguntó Sam, como si eso pudiera tener para él algún significado.

Atento, Bubba se acuclilló y volvió al hombre sobre su costado. La forma en que la mano del hombre flojeaba en el extremo del brazo me hizo sentir un tanto mareada. Pero me obligué a mirar la cazadora. La espalda aparecía decorada con la insignia de la cabeza de un lobo. El lobo estaba de perfil, y parecía aullar. La cabeza se silueteaba contra un círculo blanco, el cual decidí que trataba de representar la luna. Sam tenía un aspecto aún más preocupado, ahora que había visto la insignia:

—Un licántropo —dijo lacónicamente. Eso explicaba muchas cosas.

Hacía demasiado frío como para que un hombre se conformase con vestir tan solo una cazadora, si no se trataba de un vampiro. Los lobos tienen la sangre un poco más caliente que la gente corriente, pero la mayoría de ellos se cuidan bien de vestir abrigos cuando hace frío, pues la sociedad lobuna aún se mantiene en secreto ante la raza humana (salvo para mí, una chica muy, muy afortunada, y probablemente para unos pocos cientos más). Me pregunté si aquel muerto no habría dejado un abrigo en la percha de la entrada principal; en cuyo caso, habría regresado aquí, ocultándose en el lavabo de caballeros a la espera de que yo apareciese de una vez. O quizá me había seguido desde la puerta de atrás. Quizá el abrigo estaba en su vehículo.

—¿Le viste entrar? —le pregunté a Bubba. La cabeza me daba vueltas.

—Sí, señorita. Creo que estaba esperándola en ese enorme aparcamiento. Dobló la esquina, salió de su coche y entró por la puerta de atrás un minuto después de que usted lo hubiera hecho. La vi correr a la puerta y a él entrar detrás de usted; lo seguí. Ha tenido mucha suerte de tenerme a su lado.

—Gracias, Bubba. Tienes razón; tengo suerte de tenerte. Me pregunto qué habría planeado hacer conmigo. —La sola idea hizo que se me helara el cuerpo. ¿Buscaba una chica cualquiera a la que atrapar, o había planeado cogerme a mí en concreto? Reparé entonces en lo estúpido que era razonar así. Si Eric se había inquietado lo suficiente como para ponerme un guardaespaldas, es porque no ignoraba que pesaba una amenaza sobre mí, con lo cual lo más probable era que yo fuese objetivo de un secuestro. Sin decir una palabra, Bubba se marchó de varias zancadas por la puerta de atrás. Regresó en cosa de un minuto.

—Tenía cinta aislante y unas mordazas en el asiento delantero de su coche —reveló Bubba—. Es ahí donde tiene el abrigo. Lo he traído para ponérselo por la cabeza. —Se inclinó para colocar la chaqueta de camuflaje, profusamente acolchada, alrededor de la cabeza y el cuello del cadáver. Era una buena idea envolverle la cabeza, puesto que el hombre goteaba un poco. Cuando acabó la tarea, Bubba se lamió los dedos.

Sam me puso un brazo sobre los hombros, al ver que empezaba a temblar.

—Pero esto es tan extraño —me puse a decir, cuando reparé en que la puerta que daba al pasillo se abría lentamente. Distinguí entonces el

rostro de Kevin Pryor. Kevin es un tipo muy dulce, pero es un poli, y eso era lo último que necesitábamos—. Lo siento, pero el baño está perdiendo agua —dije, y, para su asombro, le cerré la puerta en su cara delgada y sorprendida—. Escuchad, tíos, ¿por qué no, mientras yo mantengo cerrada la puerta, os lleváis a ese tipo entre los dos y lo metéis en su coche? Luego ya veremos qué hacer con él. —El suelo del pasillo iba a precisar un buen fregado. Descubrí que la puerta del pasillo podía cerrarse con llave. Nunca antes me había dado cuenta de eso.

Sam mostró sus dudas:

—Sookie, ¿no crees que deberíamos llamar a la policía? —preguntó.

Un año atrás, yo hubiera saltado al teléfono para marcar el 911 antes incluso de que el cadáver hubiera tocado el suelo. Pero aquel año había significado una larga época de aprendizaje. Hice que Sam reparase en mí e incliné la cabeza hacia Bubba.

—¿Cómo crees que se tomaría estar en la cárcel? —murmuré. Bubba tarareaba los versos iniciales de *Blue Christmas*—. Nuestras manos no son tan fuertes como para haber hecho esto —apunté.

Tras un momento de indecisión, Sam asintió, resignándose a lo inevitable.

—Vale, Bubba, llevemos a este tío a su coche.

Me apresuré a coger una fregona mientras los hombres (bueno, el vampiro y el cambiaformas) se llevaban al motorista por la puerta de atrás. Para cuando Sam y Bubba regresaron, dejando entrar a su paso una ráfaga de aire frío, ya había fregado el suelo y el baño de caballeros (tal y como lo hubiera hecho si de veras hubiera habido un escape de agua). Rocié el pasillo con un ambientador para adecentar el lugar.

Fue un acierto que actuásemos tan aprisa, porque Kevin ya estaba empujando la puerta tan pronto como quité la llave.

—¿Todo bien ahí atrás? —preguntó. A Kevin le gusta correr, de modo que casi no tiene grasa en el cuerpo, y no es un tipo muy grande. Tiene cierto aire bovino, y aún vive con su madre. Pero a pesar de todo, no es ningún idiota. Tiempo atrás, cuando me paraba a oír sus pensamientos, o bien se centraban en su trabajo como policía, o en esa amazona negra que tenía por compañera, Kenya Jones. Pero ahora sus pensamientos denotaban bastante más suspicacia.

—Creo que ya está bajo control —replicó Sam—. Cuidado por donde pisas, acabamos de fregar. ¡No vayas a resbalar y empapelarme!
—Envió una sonrisa a Kevin.

—¿Hay alguien en tu oficina? —preguntó Kevin, dirigiendo la cabeza hacia la puerta cerrada.

—Un amigo de Sookie —asintió Sam.

—Será mejor que salga y sirva unas copas —repuse en tono alegre, sonriéndoles abiertamente. Me llevé una mano a la coleta para comprobar que estaba en su sitio, y luego puse a correr mis Reebok. El bar estaba casi vacío, y la mujer a la que yo reemplazaría, Charlsie Tooten, parecía aliviada.

—Una noche tranquila —me dijo—. Los tíos de la mesa seis han estado acunando esa jarra una hora, y Jane Bodehouse ha intentado ligarse a cada tío que ha entrado. Kevin ha pasado toda la noche escribiendo algo en su cuaderno.

Eché una mirada a la única clienta del bar, intentando disimular el desagrado de mi rostro. Todo local en el que se sirven bebidas tiene su cuota de clientes alcohólicos, la clase de gente que abre y cierra el local. Jane Bodehouse era una de las nuestras. Por lo común, Jane bebía a solas en su casa, pero cada dos semanas o así se le metía en la cabeza venir y ligarse a un tío. El procedimiento de ligar se le había ido volviendo más y más laborioso, puesto que no solo Jane iba frizando ya los cincuenta; además, la falta de sueño y de una alimentación adecuada llevaban pasándole factura los últimos diez años.

Aquella noche en concreto, advertí que Jane, al aplicarse el maquillaje, se había pintado mal el borde de las cejas y los labios. El resultado era bastante turbador. Tuvimos que llamar a su hijo para que viniese a buscarla. Me bastó una mirada para comprobar que no podría conducir.

Saludé con la cabeza a Charlsie, y levanté una mano hacia Arlene, la otra camarera, que se hallaba sentada en una mesa con su último amor, Buck Foley. Las cosas estaban más que muertas si Arlene había decidido sentarse. Arlene me devolvió el saludo, que hizo agitar sus rizos rojos.

—¿Qué tal los niños? —exclamé dirigiéndome a ella, mientras empezaba a apartar los vasos que Charlsie había sacado del lavaplatos. Pensé que estaba actuando con absoluta normalidad, hasta que me di cuenta de que las manos me temblaban violentamente.

—Genial. Coby entró en el cuadro de honor por sacar todo sobresaliente y Lisa ganó en el concurso de deletrear palabras —replicó mostrando una ancha sonrisa. A quien crea que una mujer que se ha casado cuatro veces no puede ser una buena madre, yo le diría que mirase a Arlene. También dediqué a Buck la mejor de mis sonrisas, en honor de Arlene. Buck es la típica clase de tío con que Arlene suele salir, lo cual no es en absoluto bueno para ella.

—¡Eso es maravilloso! Son unos chicos muy listos, como su madre —repliqué.

—Dime, ¿te encontró el tío ese?

—¿Qué tío? —Aunque tuve el presentimiento de que sabía de quién hablaba.

—El que llevaba ropa de motero. Me preguntó si era yo la camarera que salía con Bill Compton, pues tenía algo que entregarle.

—¿No sabía mi nombre?

—No, qué raro, ¿verdad? Oh Dios mío, Sookie, si no sabía tu nombre, ¿cómo iba ese tío a venir de parte de Bill?

La inteligencia de Coby debía haberle venido por la parte del padre, si es que a Arlene le había llevado tanto tiempo darse cuenta de aquello. Pero Arlene me gustaba por su carácter, no por su cerebro.

—¿Y qué le dijiste? —pregunté, sonriéndole. Era mi sonrisa nerviosa, no la de verdad. No siempre soy capaz de advertir cuándo la llevo puesta.

—Le dije que a mí me gustan los hombres calientes y que respiren —dijo, y soltó una carcajada. En ocasiones, Arlene puede llegar a tener muy poco tacto. Me dije a mí misma que debía reconsiderar de nuevo por qué la tenía por tan buena amiga—. No, en realidad no dije eso. Solo le dije que debía de referirse a la rubia que entraba a las nueve.

Gracias, Arlene. Así que mi atacante había sabido quién era yo porque mi mejor amiga me había identificado; ignoraba cuál era mi nombre y dónde vivía, solo que trabajaba en el Merlotte's y que salía con Bill Compton. Resultaba un poco reconfortante, pero no demasiado.

Pasaron tres horas. Sam vino por el bar, me dijo en un susurro que le había dado a Bubba una revista para que se entretuviese y una botella de Apoyo Vital para beber, y luego se colocó tras la barra, para asomar la cabeza de vez en cuando.

—¿Cómo es que ese tío conducía un coche en lugar de una moto? —musitó Sam en voz baja—. ¿Cómo es que su vehículo tiene matrí-

cula de Misisipi? —Bajó aún más la voz cuando Kevin se acercó para comprobar si íbamos a avisar al hijo de Jane, Marvin. Sam telefoneó a Marvin, mientras hacía que Kevin permaneciera a su lado, para poder transmitirle que Marvin estaría en el Merlotte's en veinte minutos. Después, Kevin se largó, con el cuaderno aferrado bajo el brazo. Me pregunté si Kevin se había convertido en poeta o si estaba escribiendo su informe.

Los cuatro hombres que habían tratado de ignorar a Jane, mientras consumían su jarra a una velocidad de tortuga, terminaron su cerveza y se marcharon, cada uno de ellos depositando un dólar sobre la mesa, a modo de propina. Menudos derrochadores. Con clientes como aquellos, jamás iba a ver adoquinado el sendero que conducía a mi casa.

Cuando solo le quedaba media hora, Arlene emprendió las tareas que le tocaba hacer antes de cerrar y preguntó si podía irse con Buck. Los niños estaban todavía con su abuela, así que ella y Buck tendrían la caravana para ellos solos durante un rato.

—¿Volverá Bill pronto? —me preguntó, mientras se ponía el abrigo. Buck hablaba de fútbol con Sam.

Me encogí de hombros. Me había telefoneado tres noches atrás, para decirme que había llegado a «Seattle» sin incidentes y que se reuniría allí con... con quien supuestamente debía reunirse. El identificador de llamadas emitía el mensaje de «No disponible». Tuve la sensación de que eso decía mucho de la situación en general. Tuve la sensación de que era una mala señal.

—¿Le... echas de menos? —Había picardía en la voz de Arlene.

—¿Tú qué crees? —pregunté, con una vaga sonrisa—. Anda, vete a casa y pásalo bien.

—Buck es muy bueno a la hora de pasarlo bien —apuntó, casi relamiéndose.

—Suerte que tienes.

De modo que Jane Bodehouse era la única cliente del Merlotte's cuando Pam llegó. Jane apenas contaba; estaba totalmente ausente.

Pam es vampira, y copropietaria de Fangtasia, el bar turístico de Shreveport. Es la segunda al mando, después de Eric. Pam es rubia, probablemente rondará los doscientos años, y, para colmo, tiene sentido del humor, algo casi inédito entre los vampiros. Si de veras un vampiro puede llegar a ser tu amigo, Pam era para mí lo más parecido.

Se había sentado en un taburete de la barra justo enfrente de mí, y me miraba por encima de la brillante extensión de madera.

Aquello no auguraba nada bueno. Jamás había visto a Pam en ningún lugar que no fuese Fangtasia.

—¿Qué tal va todo? —dije, en señal de saludo. Alcancé a sonreír, pero no podía estar más tensa.

—¿Dónde está Bubba? —preguntó ella, en su tono más serio. Miró por encima de mi hombro—. Eric se va a enfadar si Bubba no ha venido. —Por primera vez, advertí que Pam tenía un ligero acento, pero no pude precisar su origen. Quizá solo eran inflexiones del inglés antiguo.

—Bubba está ahí atrás, en la oficina de Sam —repuse, sin dejar de mirarla a la cara. Deseé que el hacha cayese de una vez. Sam vino para estar a mi lado, y los presenté. Pam le dedicó un saludo más significativo del que le hubiera concedido a cualquier humano corriente (en el que además ni siquiera se hubiera molestado en reparar), dado que Sam era un cambiaformas. Y yo esperaba ver algún esbozo de interés, pues Pam es omnívora en materia de sexo, y Sam es una atractiva criatura sobrenatural. Aun cuando los vampiros no son muy célebres por su expresividad facial, consideré que, definitivamente, Pam se sentía infeliz.

—¿Qué te pasa? —pregunté, tras unos momentos de silencio.

Pam me miró a los ojos. Ambas somos rubias de ojos azules, pero eso es lo mismo que decir que dos animales son los dos vez perros. Ahí terminaba todo nuestro parecido. Pam tenía una cabellera lisa y pálida, y sus ojos eran muy oscuros. Ahora los enturbiaban mil problemas. Dedicó a Sam su mirada más significativa. Sin una palabra, Sam se retiró para echar una mano al hijo de Jane, un tipo de aspecto bastante estropeado que rondaba los treinta años, y ayudarle a embutir a Jane en el coche.

—Bill ha desaparecido —dijo Pam, sin rodeos.

—No, no es así. Está en Seattle —objeté. Fue un comentario deliberadamente obtuso. Esa misma mañana había aprendido el significado de «obtusos» en mi calendario de «una palabra al día», y resulta que ya le había dado uso.

—Te mintió.

Digerí aquello, e hice un gesto de «¿qué me estás contando!» con la mano.

—Ha estado en Misisipi todo este tiempo. Se dirigió a Jackson.

Bajé la vista a la barra del bar, cuya sólida madera estaba forrada con poliuretano. Ya me había hecho a la idea de que Bill me había engañado, pero oírlo a las claras, lisa y llanamente, dolía muchísimo. Me había engañado, y había desaparecido.

—Y entonces..., ¿qué vais a hacer para encontrarle? —quise saber, y abjuré de la poca firmeza que había en mi voz.

—Estamos buscándole. Hacemos lo que podemos —replicó Pam—. Quien lo haya cogido también puede ir a por ti. Esa es la razón por la que Eric envió a Bubba.

No pude responder. Luchaba por controlarme.

Sam había vuelto, supongo que al advertir lo inquieta que estaba. A menos de un centímetro de mi espalda, dijo:

—Alguien intentó coger a Sookie cuando venía esta noche al trabajo. Bubba la salvó. El cuerpo está ahí fuera, detrás del bar. Lo sacaremos de allí en cuanto cerremos.

—Qué rápido... —se asombró Pam. Parecía incluso más infeliz que antes. Echó una mirada de reojo a Sam, y asintió con la cabeza. Sam era un camarada sobrenatural, pero hubiera sido mejor si hubiese sido un vampiro—. Será mejor que vaya al coche y vea si doy con algo. —Pam parecía dar por hecho que nos desharíamos del cuerpo, en lugar de hacer algo más oficial. Para un vampiro, resulta complicado asumir la autoridad de las fuerzas de la ley y la obligación que tiene cualquier ciudadano de notificar a la policía cuando surgen problemas. Aun cuando los vampiros no pueden formar parte de las Fuerzas Armadas, sí están capacitados para llegar a ser policías, y de hecho se lo pasan en grande ejerciendo como tales. Pero, por lo general, los vampiros que se dedican a labores policiales son considerados parias por los otros no muertos.

Hubiera preferido mil veces tener que pensar en vampiros policías antes que en lo que Pam me acababa de decir.

—¿Cuándo se dio a Bill por desaparecido? —preguntó Sam. Su voz consiguió mantenerse firme, pero había un indicio de rabia bajo la superficie de aquel tono.

—Se le esperaba para ayer por la noche —contestó Pam. Levanté la cabeza como un resorte. No sabía eso. ¿Por qué Bill no me había dicho que venía a casa?—. Iba a dirigirse hacia Bon Temps, a telefonarnos a

Fangtasia para hacernos saber que había llegado a casa y a reunirse con nosotros esta noche. —Para un vampiro, aquello era toda una parrafada.

Pam pulsó unos números en un teléfono móvil; hasta mis oídos llegaron sus débiles pitidos. Oí su posterior conversación con Eric. Tras transmitirle los hechos, Pam le dijo:

—Está sentada aquí. No habla.

Me pasó el teléfono. Me lo llevé al oído en un gesto automático:

—Sookie, ¿me oyes? —Sabía que Eric podía oír el sonido de mi cabello al rozar el auricular, hasta el susurro de mi respiración—. Sí, sé que así es —dijo—. Escucha y obedéceme. Por ahora, no le digas a nadie lo que ha ocurrido. Actúa con total normalidad. Vive tu vida como siempre has hecho. Uno de nosotros estará vigilándote todo el tiempo, lo adviertas o no. Incluso durante el día, encontraremos la manera de protegerte. Vengaremos a Bill y te cuidaremos.

¿Vengar a Bill? De modo que, para Eric, Bill había muerto. Bueno, dejado de existir.

—No sabía que por lo visto tenía que venir anoche —protesté, como si ese fuera el dato más importante que me habían contado.

—Tenía... ciertas malas noticias que contarte —intervino Pam, de repente.

Eric alcanzó a oírlo e hizo un ruido de disgusto:

—Dile a Pam que se calle —ordenó, y era la primera vez que escuchaba aquel furioso tono de voz desde que lo conocía. No vi razón alguna para pasarle el mensaje, porque imaginé que Pam también había sido capaz de oírle. La mayoría de los vampiros tienen un oído muy fino.

—De modo que sabías que había malas noticias, y sabías que iba a volver —musité. No solo era que Bill estuviese desaparecido y posiblemente muerto (muerto permanentemente); además me había mentado acerca de adónde iba a ir y por qué, y me había escondido un secreto importante, algo que me concernía. El dolor era tan profundo que ni siquiera podía sentir la herida. Pero sabía que eso vendría después.

Alargué el teléfono otra vez a Pam, me di la vuelta y salí del bar.

Sentí que me tambaleaba al meterme en el coche. Debía quedarme en el Merlotte's para ayudar a deshacernos del cuerpo. Sam no era un vampiro, y si se había mezclado en esto era por mí. No estaba siendo justa con él.

Pero tras un titubeo que solo duró un segundo, me alejé en el coche. Bubba podría echarle una mano, y Pam... Pam lo sabía todo, mientras que yo no sabía nada.

En efecto, alcancé a ver un pálido rostro en el bosque cuando llegué a casa. Y casi llamé a aquel tipo que me espiaba, casi invité a aquel vampiro a que al menos se sentase en el sofá durante la noche. Pero entonces pensé: *No*. Tenía que estar a solas conmigo misma. Nada de esto tenía que ver conmigo. No había nada que pudiera hacer. Tenía que permanecer quieta, pues lo ignoraba todo, aunque no fuese por voluntad mía.

Me sentía tan herida y tan furiosa como podía llegar a estarlo. O al menos pensaba que así era. Las revelaciones subsiguientes me demostrarían lo equivocada que estaba.

Con paso firme, entré en mi casa y cerré la puerta a mi espalda. Un cerrojo no mantiene a un vampiro fuera de tu casa, está claro, pero el hecho de no invitarle a entrar en ella sí que lo hace. Por otro lado, un vampiro puede alejar a los humanos de una casa, al menos hasta el alba.

Me puse mi viejo camisón azul de manga larga, y me senté ante la mesa de la cocina, para allí mirarme las manos con expresión vacía. Me pregunté dónde estaría Bill ahora. ¿Estaba paseando en algún lugar de la tierra, o era una pila de cenizas en un agujero, donde lo habían asado como en una barbacoa? Pensé en la oscuridad de su cabello castaño, lo espeso que corría entre mis dedos. Consideré también el secretismo de su plan de regreso. Tras lo que parecieron unos pocos minutos, eché una mirada al reloj que había en el horno. Había estado sentada a la mesa, con la mirada perdida, durante más de una hora.

Mejor ir a la cama. Era tarde, hacía frío, y dormir era lo natural. Pero nada en mi futuro sería otra vez normal. ¡Oh, espera! Si Bill se había marchado de mi lado, mi futuro extendería ante mí una vida otra vez normal.

Si no estaba Bill, no habría vampiros: ni Eric, ni Pam, ni Bubba.

Nada de criaturas sobrenaturales: nada de lobos, cambiaformas o ménades. Nunca me hubiera topado con ellas de no haberme mezclado con Bill. De no haber visitado Bill el Merlotte's, yo no hubiera hecho otra cosa que atender mesas, y escuchar sin querer los pensamientos de la gente que me rodeaba: la codicia insignificante, la lujuria, la decepción, las esperanzas y las fantasías. La loca de Sookie, la telépata del pueblo de Bon Temps, Luisiana.

Mi virginidad duró hasta que conocí a Bill. Ahora, el único sexo que podría tener alguna vez sería con J. B. du Rone, que era tan adorable que casi podías olvidar el hecho de que tenía menos cerebro que un alcornoque. Tenía tan pocas cosas en la sesera que su compañía me resultaba de lo más reconfortante. Pero Bill... Reparé entonces en que mi mano derecha estaba cerrada en un puño, y lo estrellé contra la mesa con tanta fuerza que me hice un daño del demonio.

Bill me había dicho que si le ocurría cualquier cosa, debía «acudir» a Eric. Nunca me sentí muy segura de si lo que quería decirme con ello era que Eric ya se ocuparía de que percibiese lo que Bill hubiera convenido en legarme como herencia, o que Eric me protegería de otros vampiros, o que sería para Eric... bueno, que debía tener con Eric la misma relación que había tenido con él. La respuesta que le di a Bill fue que no iba a pasar de mano en mano, como un pastelito de Navidad.

Pero Eric había dado aquel paso hacia mí, de modo que ni siquiera tenía la opción de decidir si debía o no seguir el último consejo de Bill.

Perdí el hilo de mis pensamientos. Aunque tampoco es que alguna vez hubieran estado muy claros.

Oh, Bill, ¿dónde estás? Hundí la cara en mis manos.

Me latían las sienes de pura fatiga, e incluso mi pequeña cocina estaba helada a aquellas horas. Me levanté para ir a la cama, aun a sabiendas de que no dormiría. Necesitaba a Bill con una intensidad tan visceral que me pregunté si aquello no sería un sentimiento anormal, si en realidad no había sido sometida al hechizo de algún poder sobrenatural.

Aun cuando mis habilidades telepáticas me proveían de inmunidad frente al *glamour* de los vampiros, quizá era vulnerable a otra clase de poder... O quizá esa era la forma en que echaba de menos al único hombre al que había amado. Me sentía descarnada, vacía y traicionada. Me sentí peor que cuando mi abuela murió, peor que cuando mis padres se ahogaron. Yo era muy joven cuando murieron mis padres, y tal vez no llegué a comprender que de repente se habían ido para siempre. Ahora, recordar aquello se hacía ciertamente duro. Cuando mi abuela murió unos meses atrás, me reconfortó el ritual con que en el Sur se engalana a la muerte.

Y lo cierto era que ni mis padres ni mi abuela me habían abandonado por propia voluntad.

Me encontré frente a la puerta de la cocina. Apagué la luz del techo.

En cuanto me envolví en las mantas de mi cama, empecé a llorar, y no paré en mucho, mucho tiempo. No era la noche adecuada para rezar mis oraciones. Era una noche en la que cada cosa que había perdido me dolía en lo más hondo de mí. Parecía como si tuviera peor suerte que la mayoría de la gente. Aun haciendo el débil intento de rechazar un aluvión de autocompasión, no tuve mucho éxito. Aquel sentimiento se entremezclaba mucho con la desolación de no saber qué había pasado con Bill.

Quería sentir a Bill acurrucándose contra mi espalda; quería sus labios fríos en mi cuello. Quería que sus blancas manos recorrieran mi vientre. Quería hablar con él. Quería reírme con él de mis terribles sospechas. Quería hablarle de cómo me habían ido las cosas durante el día; el estúpido problema que había surgido con la compañía del gas o los nuevos canales que nuestra televisión por cable había decidido agregar. Quería recordarle que el lavabo de su cuarto de baño necesitaba una nueva arandela, quería contarle que mi hermano, Jason, había averiguado que al final no iba a ser padre (lo cual era bueno, pues tampoco estaba casado).

Lo más dulce de ser parte de una pareja consistía en compartir tu vida con alguien.

Pero, evidentemente, mi vida no era lo bastante buena como para ser compartida con nadie.